

"El Correspondiente de París"

(Hoja autógrafa semanal para el servicio de la prensa americana.)

Redacción y Admón: 17 y 19 rue Mauberge
Paris.

Año I. - Núm. 27.

Paris 21 de Noviembre de 1888.

Sumario - Ojeada a la situación: Una boda... política. Torpezas del gobierno. Síntomas significativos. - Proyecto de Exposición española en Londres. - Un descarrilamiento de sensación. - El día de Difuntos en París. - ~~Idem~~ - Alcance.

La neurosis es la enfermedad q.^a caracteriza el presente período histórico; y de ella no se escapan ni los individuos ni las colectividades, si hemos de juzgar por los hechos que a nuestro alrededor se suceden. En Francia, y particularmente en París, es donde este fenómeno se observa con más frecuencia, y, para probarlo, nos bastaría ir registrando uno por uno los pequeños incidentes q.^a ocupan la crónica diaria del mundo parisiense, de este mundo especial donde bulle la sociedad neurosiática por excelencia. Y si esta enfermedad se abate lo mismo sobre los individuos que sobre las colectividades, nada de extraño tiene q.^a la política - q.^a es, en el orden social, una de las formas más movimentadas que tienen las unas y los otros de manifestarse - sea la primera en resentirse de sus consecuencias.

Aquí todo se hace de una manera ruidosa. Cuando el suceso más trivial o más insignificante no alcanza las proporciones del escándalo, lleva cuando menos la nota de la exageración y, por tanto, del apasionamiento. En la prensa, por ejemplo, (salvo raras excepciones), toda discusión degenera en polémica, y dicho se está q.^a por poco q.^a se tire de la cuerda, toda polémica acaba por degenerar en ruidosa disputa. - En otras esferas, en las mismas esferas gubernamentales, también se produce - aunque en distinta forma - idéntico fenómeno; y así vemos, por ejemplo, que al solo anuncio de una reunión cualquiera convocada en un sentido más o menos oposicionista, los agentes del gobierno se alborotan; el cuerpo entero de policía se pone en movimiento, y al menor signo de perturbación se le da enseguida proporciones exageradas, y todo aparece de repente soliviantado como si en realidad estuviéramos

(2.)
en vísperas de un general conflicto. Si no supiéramos cómo se hallan aquí arraigadas las instituciones y cómo esas manifestaciones de celo intempestivo se desvanecen con la misma rapididad con que se presentan, ejerciendo solo la impresión de un momento en la marcha y desarrollo de los sucesos, tentados estaríamos de creer que todo eso representa en conjunto un signo de impotencia o de decadencia.

Si ir más lejos, esta misma semana que hoy fue nos ha ofrecido de cuanto decimos en el párrafo precedente un ejemplo palmario, con ocasión del matrimonio de una de las hijas del general Boulanger con un capitán de ejército. Este suceso, como no dejarán de comprender nuestros lectores, es meramente trivial, y no debía valer la pena de que ningún funcionario de orden superior - y mucho menos el gobierno - se ocuparan de él, dándole en la esfera oficial una importancia de que carecía en absoluto fuera de los límites puramente particulares y siempre restringidos de la familia.

Pues, no ha sido así. Gracias, primero, a una torpeza del general Saussier, gobernador militar de París, prohibiendo en absoluto a los oficiales de la guarnición, invitados, que asistieran de uniforme al casamiento de su compañero de armas, y gracias, después, a otra torpeza del prefecto de policía - que sin duda obraría bajo la inspiración inmediata del gobierno - poniendo en pie de guerra a la mitad de los agentes de orden público de París (¡unos tres o cuatro mil hombres!) para oponerse a cualquiera manifestación política que se intentara por la muchedumbre en favor del general Boulanger, con el pretexto de la boda de su hija, ese acto, de suyo tan trivial, ha sido en París un positivo acontecimiento.

Por de pronto, la disposición malaventurada del general Saussier ha resultado contraproducente y, por tanto, doblemente ridícula. En efecto: entre el considerable número de personajes de todas clases y condiciones que formaban el cortejo de invitados a la referida ceremonia, figuraban muchísimos oficiales ostentando el traje militar, a cuyo uso tenían perfecto derecho a pesar de la orden arbitraria del gobernador militar de París, quien, en este punto - es preciso reconocerlo - estuvo ciertamente bien torpe. Tal vez habrá quien arguya que, arbitraria o no, la medida estaba tomada y que no había más remedio que sujetarse a ella en buenos principios de disciplina. Si negar que, en cierto orden de ideas y bajo determinados puntos de vista, tal vez esta observación tiene fuerza de argumento, nosotros creemos que, a la altura a que

han llegado las cosas, el general Saussier y el gobierno que aprobó su medida debieron de calcular el efecto que ésta produciría como contraria al buen sentido, y la reacción general que uno y otro provocarían en la gran masa de la opinión en el caso - ya ocurrido - de que la absurda y arbitraria orden no fuera cumplida en todas sus partes.

Pues si contraproducente fue la medida tomada por el gobernador militar de París por lo que se refiere a los oficiales, no menos contraproducentes resultaron las extraordinarias e inauditas precauciones tomadas por la policía parisien para impedir todo pretexto a una manifestación política en favor del general Boulanger so capa de vigilar por que no se turbara en lo más mínimo el orden público. Más de tres mil agentes de policía - todo un pequeño ejército - sirvieron de escolta, por decirlo así, a los novios y a los invitados del general Boulanger, tanto a la ida como a la vuelta de la iglesia. En cambio, la multitud, que acudió a presenciar el pasaje del cortejo nupcial y a aclamar al general Boulanger con toda la fuerza de sus pulmones, fue de tal suerte considerable, que lo que al principio no era más que una sencilla demostración de simpatía, curiosidad o respeto por parte de unas cuantas docenas de admiradores del general o simplemente de desocupados, concluyó por convertirse, gracias a las imprudentes y torpes provocaciones de la policía, en una verdadera e imponente manifestación. Jamás, en efecto, se había visto al general Boulanger tan solemnemente festejado, ni jamás había presenciado París una demostración tan calurosa de simpatía con motivo de un suceso tan ordinario y tan trivial como lo es siempre en sí la ceremonia de un casamiento. La policía trabajó cuanto pudo y supo para evitar que la inmensa multitud aglomerada en las calles por donde debía pasar el general y su séquito se lanzara en pos del cortejo como para rendir a los recién desposados y, sobre todo, al ex-ministro de la guerra, los honores populares. Trabajo inútil: el cordón de la policía fue roto diferentes veces y en distintos puntos, y el general fue aclamado y poco menos que llevado en triunfo del hotel a la iglesia y de la iglesia al hotel, recibiendo con ello la autoridad moral del gobierno un tremendo batacazo.

Yuntil decir cuanto y como todos estos hechos han sido comentados por gente de todas opiniones y perteneciente a todos los partidos. ¿Es así como se pretende combatir y amenguar la popularidad más o menos justificada del general Boulanger. La disposición del gobernador militar de París ha sido considerada por toda la opinión imparcial

como un acto ridículo y el lujo de precauciones del gobierno como una insigne torpeza. Nosotros, por nuestra parte, creemos que semejante actitud ha de ser mucho más favorable a la causa de Mr. Boulanger que todo lo que el gobierno y los partidos pudieran hacer dejándole libre el campo para sus manifestaciones, y no ocupándose absolutamente de él a no ser en caso de recurso supremo, de utilidad inmediata y comprobada o de necesidad urgente. ¿Cuándo, pues, comprenderá Mr. Floquet - a quien vemos algún tanto arrojado, por no decir torpe, en este asunto - cuál debe ser la actitud más conveniente para las instituciones y para el gobierno enfrente del boulangismo?

* * *

Por lo demás, un hecho se desprende de ese nuevo acto político realizado por el general Boulanger so pretexto o con ocasión del casamiento de su hija; y él ha bastado para dar un nuevo incremento a la ya casi agotada polémica acerca de las verdaderas tendencias del ex-ministro de la guerra. Lo cierto es que en este punto todo el mundo se pierde en conjeturas más o menos arriesgadas, y sobre las cuales sería bien difícil establecer la verdadera, la positiva solución de esa tenaz incógnita que todo el mundo quiere desentrañar pero que, digase lo que se quiera, se presenta todavía realmente indescifrable.

Hay que confesar, sin embargo, que en el acto del matrimonio de su hija, el general Boulanger ha dado en verdad a la prensa republicana motivos claros y evidentes para que acentuara sus recelos y sus dudas acerca de la mayor o menor sinceridad con que profesa aquél sus ideas republicanas. - En efecto: los adversarios del general, en busca de nuevos argumentos con que poder presentarle al país como enemigo encubierto de las actuales instituciones, han averiguado que entre los invitados a la referida ceremonia figuraban, por cada republicano, a lo menos media docena de monárquicos, imperialistas en su mayor parte. Si se trata de comparar, pues, las simpatías que el general cuenta entre los prohombres del partido republicano con las que cuenta en el estado mayor de los partidos monárquicos, la estadística de la ceremonia del casamiento es de suyo bastante expresiva para que nos detengamos a examinarla y sacar de ella las aparentes consecuencias. Pero hay algo en este asunto - si hemos de creer lo que afirman ciertos periódicos - que aumenta y agrava la significación del hecho, y es, que todas las notabilidades monárquicas que asistieron al acto de referencia no lo hicieron precisamente a título individual. Parece, en efecto, que al recibir su carta- invitación, el general du Barail (presidente del comité central imperialista) había pedido al

príncipe Víctor instrucciones formales sobre la conducta á seguir en el momento, y que el príncipe Víctor habia contestado ordenando al general du Bouché que asistiera á la ceremonia á título oficial, es decir, con el carácter de representante y presidente del Comité central imperialista de París; añadiéndose que habian sido comunicadas, iguales ó parecidas instrucciones á todos los jefes del partido bonapartista.

Si el hecho es cierto, como afirman algunos, la situación del general Boulanger enfrente de los partidos monárquicos se presentaría ya más al descubierto y habría que juzgarse lo ocurrido como síntoma de no lejanas actitudes no muy acordes con el programa de principios que hasta ahora ha venido orientando á la faz del país republicano el ex-ministro de la guerra. Hay que dejar, pues, al tiempo que vaya despejando poco á poco la incògnita.

+ * +

Una noticia que, á fuer de españoles, hemos recibido con verdadero júbilo: se ha constituido en la capital del reino Unido una Compañía anónima, expresamente creada para llevar á cabo en Londres, el año próximo, una gran Exposición nacional destinada á dar á conocer en aquel principal mercado del mundo el estado en que se encuentran España y sus provincias de ultramar bajo el punto de vista de las artes, ciencias, industria, producción y comercio en sus múltiples y variadas manifestaciones.

Como dice perfectamente el primer núm.º del periódico La Razon que apareció el jueves de la última semana en Londres y viene á la prensa especialmente dedicado á fomentar la idea de la indicada Exposición, de todos los países de Europa, España es quizá - y sin quizá el menos conocido en Inglaterra, á pesar de q.º sus productos naturales no tienen rival. Necesítase, pues, tan solo q.º se estrechen las relaciones de ambos pueblos para que su comercio tome proporciones gigantescas.

Otro día tal vez podamos, con más espacio, dar á conocer algunos por menores q.º se refieren á la proyectada Exposición, por cuyo favorable éxito hacemos desde aquí, como amantes que somos de la prosperidad de nuestra patria, los más fervientes votos.

+ * +

Los telegramas, llegados estos días de San Peterburgo publican extensos por menores relativos al descarrilamiento ocurrido al tren que conducía á toda la familia imperial de Rusia, y del cual los augustos viajeros pudieron casi milagrosamente salvarse gracias á las condiciones especiales del coche-salón en q.º se encontraban en el preciso momento

De producirse la catástrofe, la cual ha causado un número considerable de víctimas. En la mayor parte de las poblaciones de Rusia se han improvisado fiestas entusiastas tan luego como se ha sabido que la familia imperial había escapado ilesa de aquel terrible accidente. En Moscú y en San Petersburgo la recepción que se ha hecho al emperador, a la emperatriz y a los grandes duques ha sido verdaderamente imponente.

Como sucede siempre en casos análogos, una parte de la prensa autorizada de Europa ha tratado de investigar las causas que hubieran podido producir el descarrilamiento del tren imperial. "¿Ha sido éste el resultado de un crimen o simplemente debe atribuirse a defectos de la línea?" El Times, que hace esta pregunta, se reconoce impotente para encontrar una explicación satisfactoria. Con todo, la hipótesis de un crimen le parece desde luego incompatible con las precauciones extremas que se toman siempre para asegurar la vida del czar cuando viaja.

Como quiera que sea, lo que resulta cierto es que la familia imperial debe su salvación casi milagrosa al hecho de que la violencia del choque fue amortiguada por la ruptura sucesiva de los vagones que precedían al gran coche-salón del emperador; el cual, gracias a dicha circunstancia y a su grande y excepcional solidez, pudo resistir la terrible sacudida del descarrilamiento, no sin sufrir, sin embargo, considerables desperfectos que lo hacen poco menos que completamente inservible.

* * *

¡La fiesta de los Muertos!; he aquí la fiesta por excelencia en este París tan descuido y tan escéptico, donde parece que todo, desde lo más santo y sagrado a lo más fútil y trivial ha de tomarse constantemente a chacota. Este culto persistente por aquellos que han desaparecido, que se extiende de la familia a los amigos y que comprende hasta a los desconocidos por quienes se ha tenido cierta simpatía, es uno de los rasgos característicos de la gran capital y lo que reivindica y devuelve a París el dictado de ciudad honrada y de ciudad de indubitable nobleza. Si no es que en este culto por los muertos presida un sentimiento religioso determinado. Libres, en este punto, de todo dogma, los parisienses obedecen simplemente a un impulso espontáneo de moralidad innata; y tanto es así, que difícilmente se encontraría en París quien se sustrajera estos días a la piadosa costumbre de visitar los cementerios por mucho que rebuscáramos harta en las humildes familias - y aquí se cuentan por millares - que jamás han hecho ostensible manifestación de un culto religioso cualquiera. El tiempo, aquí en París, ha sido extremadamente triste el día de difuntos. El cielo se ha cubierto de nubes y la lluvia no ha cesado de caer, como celebrando a su manera - por medio de silenciosas y menudas gotas a guisa de lágrimas - esa fiesta lejana y típica de los muertos, cuyo sagrado recuerdo se renueva estos días en todas las familias bajo la forma más o menos austera, pero siempre hermosa y elocuente, del más justificado y sublime de los cultos. - La lluvia, sin embargo, no ha sido un obstáculo para los parisienses; y, como todos los años, la ciudad de los vivos ha quedado por espacio de algunas horas poco menos que desierta, en tanto que las inmensas necrópolis - el Padre

* La lluvia sobre todo, han robado de gusto que se agremiaba a ir a Deponer las modestas ofrendas en las tumbas de los ausentes, en señal de afectuoso e inextinguible recuerdo.